

Arkoriam Eterna

El llamado de la piedra

Alejandro León Galindo

ARKORIAM ETERNA:
EL LLAMADO DE LA PIEDRA

Alejandro León Galindo

© Alejandro León Galindo
© Arkoriam eterna: el llamado de la piedra

Imagen original de cubierta: Jaime Alberto Bustos Salazar

Septiembre, 2020

ISBN papel: 978-84-685-5193-7
ISBN ePub: 978-84-685-5191-3

Editado por Bubok Publishing S.L.
equipo@bubok.com
Tel: 912904490
C/Vizcaya, 6
28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Dedicado a mis amigos: que su imaginación
y su juventud nunca se acaben.*

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I El camino del mercenario](#)

[CAPÍTULO II Mar en calma, mar tormentoso](#)

[CAPÍTULO III El encargo de Krina](#)

[CAPÍTULO IV Primera carta a la dama Dalin Duelin](#)

[CAPÍTULO V La casa en Las Mazmorras de Solaria](#)

[CAPÍTULO VI Gremio del Murciélago](#)

[CAPÍTULO VII El camino del montaraz](#)

[CAPÍTULO VIII La piedra misteriosa](#)

[CAPÍTULO IX Los Slayers](#)

[CAPÍTULO X Elfos impuros](#)

[CAPÍTULO XI Grash el ogro](#)

[CAPÍTULO XII Segunda carta a la dama Dalin Duelin](#)

[CAPÍTULO XIII Despertar](#)

[CAPÍTULO XIV Viejos conocidos](#)

[CAPÍTULO XV Caminos y bestias](#)

[CAPÍTULO XVI Cartas](#)

[CAPÍTULO XVII Camino a Solaria](#)

[CAPÍTULO XVIII Elfos](#)

[CAPÍTULO XIX Caminar con elfos](#)

[CAPÍTULO XX Dos buenas visiones: el cuervo y el Escorpión](#)

[CAPÍTULO XXI Todo es cuestión de confianza](#)

[CAPÍTULO XXII Reír de cara a la muerte](#)

[CAPÍTULO XXIII La cara del terror](#)

[CAPÍTULO XXIV Los mercenarios vienen y van](#)

[CAPÍTULO XXIV El rey en lo alto de la roca](#)

[CAPÍTULO XXV La marcha de los elfos impuros](#)

[CAPÍTULO XXVI Desespero](#)

[CAPÍTULO XXVII Sueños](#)

[CAPÍTULO XXVIII Trolls y...](#)

[CAPÍTULO XXIX La muerte](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

El clima en este lugar siempre es bastante difícil. Un permanente aire frío y húmedo, mañanas y tardes consumidas por la niebla. Vegetación abundante que no aporta nada a quienes quieren cultivar ya que la maleza crece de forma inesperada, eso además de contar con una tierra pobre en minerales que permitan a un buen cultivo dar los mejores productos.

El mercenario llevaba en este lugar ya varias semanas; era el primer lugar donde se detenía por tanto tiempo desde que emprendió su viaje desde el sur, desde las tierras de Tabask: un reino donde la política, el poder y la muerte caminan juntos jugando con sus habitantes. Una tierra de asesinos, no de guerreros. Una tierra donde el mercenario ha dejado su entristecido corazón.

Ahora se encontraba en Solaria, el inexpugnable centro del continente de Ebland. Una tierra sin reino, pero no sin rey, una tierra donde —se cuenta— son enviados al exilio delincuentes de los reinos circundantes (incluso el mismo reino de Ábaron) lo cual no es otra cosa que enviarlos a la muerte: una muerte cruel y tenebrosa. Una tierra habitada por criaturas peligrosas y brutales, incluso criaturas de leyenda, criaturas de las cuales las madres cuentan a sus hijos para que se porten bien... Si solo esas madres supieran lo tangibles que pueden ser los peligros que corren sus hijos...

En tiempos anteriores todos los reinos de Ebland habían intentado de una u otra forma colonizar esta lúgubre y feroz tierra, ya fuera por uno u otro motivo: Ábaron había lanzado sus tropas bajo la guía de los paladines de Páldor en pos de erradicar ese mal primigenio que consume el

centro del continente, mas sin embargo muchos creen que este reino buscó apoderarse de Solaria porque creían que allí existían grandes minas de oro y plata.

Los reinos de Fabul y Bard, al oriente de Solaria, intentaron crear rutas de comercio que beneficiarían a todos los reinos... obteniendo ventaja del cobro de impuestos por el uso de dichas rutas de comercio. Tabask, por su parte, buscó un interés un poco más oscuro según cuentan los susurros, pero nadie puede afirmarlo con seguridad. Finalmente, cada uno de los reinos fracasó en su intento; los paladines y sus tropas nunca regresaron y las leyendas que relatan los ancianos dicen que estos ahora sirven al misterioso poder de Solaria tanto en vida como en muerte. De los pocos expedicionarios que regresaron nada pudo deducirse ya que sus mentes habían sido torcidas y sus palabras y miradas colmadas de locura, y solo sirvieron para prevenir a sus reinos.

Pero, aun dentro de todo este gris panorama que presenta Solaria, existe vida. Bueno, vida sería mucho decir, lo que existe es un deseo de supervivencia colectiva. Décadas atrás un grupo de personas que habían llegado hasta este sitio, seres sin esperanzas, sin futuro, de espíritus quebrantados, formaron en los límites del sur (colindantes con Tabask) lo que hoy se llama Villa de Solaria. Y es menester decir que muchas son las historias que giran a su alrededor. Es en este lugar donde generaciones de almas atormentadas habían encontrado apoyo mutuo y un lugar, aunque difícil por no decir terrible, donde el mundo y sus reinos no podían alcanzarlos.

Villa de Solaria no constaba de más que unas cuantas casas reunidas en torno a un pozo, casas entre las que se encontraban una posada y una herrería. Su sostenimiento se lograba gracias a un criadero de cerdos, uno de gallinas y unos pocos cultivos de una vegetación similar al bambú que permitía trabajar sus fibras en distintos productos artesanales, los cuales intercambiaban por mercancías de los pueblos cercanos a los que se llegaba después de viajar por varios días.

Pocos son los comerciantes que quieren llegar hasta Villa de Solaria por su propia voluntad puesto que existe un enorme y peligroso ogro llamado Grash, quien cobra tributos a los viajeros por cruzar por sus caminos.

Haciendo una parada en su vida, el guerrero, quien había encontrado trabajo patrullando las zonas cercanas de la villa para mantener a raya a goblins y lobos, aprovechaba el silencio sepulcral del lugar para sumirse en sus pensamientos. En sus recuerdos. Mezcolanzas de tristeza al recordar todo aquello que había dejado atrás y melancolía por no tener a su lado al único buen amigo, al que dejó en las salvajes Tierras del Fuego. Pero lo que le producía mayor consternación en su alma era el recuerdo de la vida y la muerte. O la muerte y la vida, sería más preciso decir.

El mercenario había muerto pocos años atrás, atravesado por los tridentes de unas peligrosas criaturas llamadas sahuagins. Fue un momento de tristeza y desesperación, como la muerte ha de ser. En sus últimos momentos, su corazón aterrado entendía que nunca más tendría la posibilidad de volver a estar junto a su dama. Solo unos segundos tras el recuerdo se arrepintió de haberla dejado ir como si se tratase de otra encomienda más que se termina entre un mercenario y su amo.

Mas sin embargo un día abrió los ojos. Sus ojos mortales que miraban al cielo en una playa. A su lado, una leyenda de Ebland, Febo el bardo, quien le había traído a la vida nuevamente con el propósito de cumplir un trabajo.

—Supongo que estarás libre de trabajo, ¿no, mercenario?
—fue lo primero que escuchó de la sonriente cara de Febo. Pero esa es otra historia. Y es desde este punto de su vida en adelante cuando se convertiría en la herramienta de poderes por encima de su comprensión y alcance, cuando poco a poco se daría cuenta de que ni su vida ni su muerte le pertenecían y donde esta última, la muerte, aquella que muchos quieren evitar, aquella que trae terror a los corazones de quienes tienen mucho que perder, sean seres civilizados o criaturas salvajes, sería lo más anhelado por el mercenario. Su destino es estar condenado a nunca poder descansar en paz.

Y así era como pasaba los días en este sórdido lugar, entre sus recuerdos y sus tristezas; entre combates contra trasgos y otros males menores; entre pillar ladronzuelos y cuidar las granjas y corrales, todo por unas cuantas monedas, una comida y un techo. Un lugar donde la vida lucha constantemente por imponerse y, aun así, no parece lograr ningún avance; como si el tiempo y la civilización se negaran a entrar a Solaria y acobijar a sus pobres gentes.

Los días entonces pasaban a convertirse en una rutina peligrosamente cómoda. En las primeras horas de la mañana, Ilinea, la hija del posadero, de unos doce años de edad e inexpresivo y pálido rostro, colaboraba (por mandato de su padre tras la solicitud del foráneo) con el espigado mercenario en el ritual que comprende ataviarse de su armadura completa; ajustar placas, tensar correas, calzar grebas. Una armadura muy peculiar en una espada de alquiler, pues suelen vestir cueros tachonados o pieles de animales en vez de armaduras de caballeros a lomos de jamelgos. No obstante, es así como él lo prefería puesto que no solo esta podía protegerlo de esas hojas afiladas que no lograra esquivar o bloquear en medio de un combate, sino que hablaba muy bien de sus capacidades como guerrero ante sus clientes, ya que no cualquier mercenario podía ganar lo suficiente en toda una vida de trabajo como para comprar una armadura de estas. Aun así, hace tiempo dejó de usar el casco pues considera que limita demasiado su visión periférica.

Cuando la chiquilla terminaba de ayudar con la armadura venía un pequeño segundo ritual que consistía en forrar al hombre con un enorme gabán negro de cuello y unos guanteletes armados que le ayudaban a lucir enorme e intimidante. «Los enemigos se vencen con la espada y la presencia», aprendió este joven de su padre antes de dejar su tierra natal.

Este protocolo diario se había vuelto el mejor momento del día para los dos: sin palabras, sin miradas ni preguntas insípidas o personales; solo unos minutos de grata compañía durante los que el tedio desaparecía. Son solo dos almas nobles y atormentadas. Al final, vestido para la

guerra, recoge su arma, toma aire y emprende su camino a las zonas aledañas.

Su jornada terminaba en las primeras horas de la noche o en las primeras horas de la madrugada según el turno que debiera hacer; regresaba a la taberna, tomaba una pinta de cerveza y se encerraba en sus aposentos.

Todo esto hasta el día en que la rueda del destino empezó a moverse de nuevo, hasta el día en que la sangre del guerrero compelió a cada uno de sus músculos a caminar hacia rutas inciertas, hasta que el desasosiego pudo más que la costumbre y el destino señaló sin miramientos a quienes escogió como sus parangones en el juego de la historia. Hasta que una de las razas más antiguas y peligrosas de todo Arkoriam decidió iniciar sus juegos de avaricia y poder.

CAPÍTULO I

El camino del mercenario

Ahí estaba, era la primera vez que lo veía desde que llegó a la villa. Desde la ventana de su habitación en el segundo piso de la taberna, el aventurero observaba con desagrado que, a unos cuantos metros de la entrada norte del lugar, un enorme y feo ogro (que llevaba terciado en un hombro un espadón tan enorme como afilado) dialogaba con unos de los hombres de la villa. Este corpulento ogro se encontraba acompañado por otros dos que no lo superaban en tamaño y muy seguramente tampoco en inteligencia. Solo estaban parados allí, con sus caras estúpidas y hambrientas, mirando sin mucho interés (al tiempo que balanceaban sus porras de manera ausente) lo que ocurría entre su líder y los pobladores, esperando a que terminaran de hablar para ir a comer.

El ogro, quien supuso era el llamado Grash (el cual tiene una mirada de inteligencia y maldad), sonrió burlonamente mientras recibía de los temerosos hombres tres cerdos, dos barriles de cerveza y media docena de gallinas: el pago por el uso de los caminos que hacía poco habían sido cortados.

Después de un corto intercambio de palabras y miradas burlonas por parte de los ogros, estos se retiran del lugar con su botín mientras los hombres, apesadumbrados, regresan con sus familias, que los reciben con abrazos y sollozos.

No era la primera vez que el mercenario veía que esto ocurría en Ebland, o incluso en Velkar. Sin embargo, aunque ya lo había visto antes en otras regiones y culturas, y que como mercenario no deberían importarle este tipo de

situaciones, había algo que le incomodaba. Podía sentir la rabia corriendo en su sangre, pero no entendía por qué.

—Cobardes —dijo finalmente con voz severa, los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, refiriéndose a los hombres, mientras miraba fijamente cómo Grash se retiraba del lugar.

—Sobrevivientes. —Escuchó como respuesta a su comentario dándose cuenta de que había hablado en voz alta sin querer. Se sorprendió por la intromisión en su habitación y en sus pensamientos, pero más se sorprendió al girar su cabeza y ver de parte de quién venía el comentario. Ilinea, sosteniendo una bandeja con una jarra de aguamiel, lo miró con esos ojos calmos y distantes pero llenos de determinación. Eran las primeras palabras que la niña le dirigía desde que había llegado al lugar. El guerrero la miró en silencio durante largo rato (entrecerrando un poco sus ojos, con lo cual la cicatriz que cruzaba su rostro desde la frente pasando por su ceja y pómulo derecho hasta la mitad de su mejilla, hacía que su mirada fuese aún más penetrante e incluso amenazante) tratando de discernir qué se encontraba más allá de ese rostro inocente y angelical, puesto que había llegado a la conclusión de que Ilinea no era para nada una niña común y corriente.

«Se puede ser ambas cosas, cobarde y sobreviviente», pensó el guerrero, quien finalmente desvió la mirada hacia la ventana donde la escena ya había terminado. La niña dejó la jarra en una mesa y salió del lugar sin decir nada más.

Sabía muy bien que la estaban buscando. Hacía mucho tiempo que se había preparado para los difíciles tiempos que tendría que pasar en la superficie. Lo había calculado todo; había comprado a un muy alto precio los mapas de las tierras del dominio del sol que le permitirían tener ventaja sobre todos aquellos que intentaran perseguirla; había incluso estudiado con detenimiento cada una de las regiones de Ebland buscando el mejor lugar para una

criatura como ella, un lugar donde su «estirpe» no llamase tanto la atención, un lugar donde tal vez pudiese lograr, si débiles, por lo menos largas alianzas que la mantuvieran con vida. Había comprado también vestidos que le mezclaran con los humanos o los elfos de la superficie: sabía claramente, gracias a la información de los libros que poseía, que sus ropas habituales resultarían llamativas, tal vez de manera peligrosa, si llegasen a verlas ojos que comprendiesen su origen.

Había estudiado con detenimiento las rutas por las cuales podría escapar, el tiempo que le tomaría, los peligros que allí podrían atacarla, así como los lugares donde podría esconderse para recuperar fuerzas y continuar su exilio voluntario.

Fueron meses de preparación, meses de recolección de información, meses en los que esperó con paciencia a que aquellos objetos mágicos tan difíciles de conseguir llegaran a sus manos; objetos que le ayudarían a sobrevivir en su viaje, en su huida.

Tal vez debió planear mejor qué hacer en el momento en que la encontraran, pero la soberbia es enemiga de la prudencia. Pensando que lo había logrado, pensando en que había logrado burlarse de su propia gente, bajó la guardia, descuidó sus encantamientos para el subterfugio, empezó a caminar más abiertamente entre la naturaleza que la rodeaba haciéndose dueña y ama de árbol y criatura que rondaran su pequeño dominio y creyó que jamás la encontrarían en el mundo del sol.

No obstante, logró escapar (de nuevo).

Eran ya las últimas horas de la tarde, cuando los pocos rayos de sol que traspasan las grisáceas nubes de Solaria empezaron a desaparecer. En ese momento, el mercenario bajaba a la villa para comer y beber algo antes de hacer la primera guardia nocturna. El hombre, alto, de cabello negro y ojos oscuros, cruzaba en silencio por entre las pequeñas huertas sin prestar mucha atención a lo que en

ellas ocurría. Lo contrario acontecía desde estas, ya que las personas detenían brevemente sus labores para verlo pasar: los niños se escondían detrás de sus padres y algunos más osados corrían hasta una distancia relativamente cercana para verle con detalle. Si era consciente de lo que pasaba, no lo demostraba, ya que solo mantenía la vista fija en el camino que tenía al frente, donde su mirada seria y fuerte ocultaba la vorágine de pensamientos que su pasmosa actividad no lograba distraer. Sabía dentro de sí que debía ocupar su mente con algo o pronto enloquecería de desesperación.

Estas personas que lo miraban se habían acostumbrado a su presencia e incluso agradecían en silencio el trabajo que realizaba en el lugar, ya que esto les permitía dedicarse con más empeño a sus pequeños terruños y dormir más tranquilos al saber que sus hijos se encontraban protegidos. Sin embargo, se sentían intimidados e incómodos con su figura.

El guerrero escasamente cruzaba palabras con el tabernero, el herrero y una que otra persona... solo para lo estrictamente necesario.

Muchos se cuestionaban las verdaderas razones para que un hombre como él aceptara el trabajo de guardia del pueblo por tan pocas monedas, e incluso algunos pensaban que algo se traía entre manos; tal vez estaba explorando la villa en busca de esclavos para algún señor o a lo mejor pensaba tomar como suyo el pequeño pueblo, desafiando el poder de Grash. De cualquier forma, y aun cuando las opiniones de los habitantes de Villa de Solaria se encontraban divididas, nadie se atrevía a expresar sus inconformidades y solo dejaban, como siempre, que la vida transcurriera como tuviera que ser. El temor hacía parte de su herencia.

—¡No pueden perderle el rastro! —dijo Nerisstine en un tono lleno de ira y frustración—. ¡No estando tan cerca de atraparla! ¡Cómo es posible que los engañara a todos!

¡Inútiles! —Sus ojos rojos miraban peligrosamente a todos los varones que junto a ella se encontraban, los cuales sabían muy bien que responderle en este momento supondría, si no la muerte, por lo menos un largo tiempo de torturas y vejámenes al volver a casa; por lo tanto, solo agachaban la mirada y dejaban que la enfurecida mujer descargara su rabia en insultos y resoplidos.

Tras largas semanas de búsqueda tanto por medios físicos como mágicos, lograron dar con el paradero de Krina. Se había establecido en un lúgubre lugar ubicado en el fondo de un grisáceo valle oculto por una densa niebla. Para sus perseguidores era obvio que intentaría esconderse en algún lugar de la superficie (la cual representaba una gran vastedad de lugares dónde buscarla), así que reunieron un grupo de soldados que tuviesen conocimiento y experiencia de campo en este tipo de terrenos. Delimitaron las áreas de búsqueda a aquellas que se encontraran más cercanas a las posibles salidas de su ciudad natal (que eran una gran cantidad) y empezaron a registrar la zona. Todo era infructuoso. Demasiado terreno por cubrir con tan poco personal y demasiados peligros que evitar si querían pasar desapercibidos entre tantas razas que buscarían darles muerte.

Los métodos mágicos no arrojaban mejores resultados. Todo intento por escudriñarla resultaba en fracaso gracias a los poderosos objetos mágicos que Krina había reunido durante los largos meses de planeación. Pero Nerisstine, aunque sabía que el tiempo jugaba en su contra no desesperaba pues conocía muy bien a la mujer en fuga (o por lo menos eso creía) y sabía que más temprano que tarde la jactancia de Krina la llevaría a cometer un error, y entonces pagaría por los crímenes cometidos contra su gente. Ese momento era ahora. Ese momento era ahora y sus montaraces habían perdido el rastro.

Tras semanas de planeación para tomar la casa de Krina, que estaba protegida por criaturas repugnantes y

peligrosas que merodeaban en los alrededores, decidieron dar el golpe. Como tinieblas de la noche se dirigieron hacia el lugar protegidos por la densa niebla, eliminaron rápido y en silencio a las bestias más cercanas pero, aunque lograron avanzar hasta la entrada de la solitaria casa, fue inevitable que las silenciosas alarmas que la mujer había preparado se activaran.

Previendo cualquier emergencia, Krina había preparado una ruta de escape a través de una pared falsa que la llevaría hasta un caballo que tenía dispuesto en un minúsculo establo a pocos metros de la casa. Y habría logrado llegar hasta allí sin mayores problemas de no ser porque en el último momento uno de los soldados logró divisarla y alertar a los demás. Todos los que pudieron, entonces, se apresuraron a salir de la casa. Todos los que pudieron, ya que algunos se encontraban enzarzados en batalla con las criaturas que la protegían. En medio del desespero, la mujer dejó caer un pequeño cofre y los ojos de los que allí se encontraban se abrieron de par en par puesto que sabían que dentro del mismo se encontraba lo que habían venido a buscar, la razón por la cual Krina había huido, la razón de todo este desastre.

La mujer, al darse cuenta, maldijo su suerte y con torpe habilidad (puesto que en su tierra no existen caballos y poco tiempo le dedicó a aprender a manejarlos con destreza) logró dar vuelta a su jamelgo para encaminarse de regreso, a por el cofre. Pero así también había corrido el soldado y, al encontrarse este más cerca, no perdió segundo alguno en hacerse con pequeño baúl. Krina, al ver que no llegaría a tiempo decidió, ejecutar un conjuro en contra de aquel varón. Trató de centrar sus pensamientos en las palabras correctas que desatarían un ataque paralizante sobre su enemigo, mas le fue imposible mantener la concentración en el hechizo al mismo tiempo que, con dificultad, mantenía en la dirección correcta a su montura. Es así como el soldado logró llegar primero hasta el cofre y reclamarlo para sí.

Sin embargo, la suerte estaría del lado de la mujer. El guerrero, vanagloriándose de su agilidad y buen ojo, no

midió la distancia que existía entre él y la mujer en carga: si este hubiese tratado de escudriñar con más detalle entre la neblina, hubiese visto que ella no había disminuido la velocidad en ningún momento, y lo arrojó y mató en el acto. Krina entonces, sin perder tiempo, tomó el cofre y reemprendió la huida cuando ya empezaban a aparecer los compañeros del ahora cadáver cargando sus ballestas.

En un punto del camino, cuando había llegado a una zona boscosa, descendió del caballo y, palmeándolo fuertemente, lo envió en una dirección como señuelo para sus perseguidores mientras ella, lanzando un conjuro de levitación, tomaba el camino contrario sin dejar huella alguna.

Una vez más había logrado escapar, una vez más había logrado engañarlos, pero a un riesgo muy alto. Ya no podría volver por sí sola a la casa que había ocupado; las criaturas del lugar ya no le reconocerían como ama y había gastado la mayor parte de sus objetos mágicos, así que no podría hacerles frente. Sabía que Nerisstine no tardaría en descubrir su treta, tenía que volver y sacar la piedra del lugar. Si no ella, alguien que lo hiciera en su nombre.

El mercenario, tras su largo día, había llegado a la taberna. Abrió la puerta y Wilice, el tabernero, un hombretón de espeso y castaño bigote, lo recibió de buen agrado alistando la jarra en la que le sirvió el aguamiel mientras esperaba la comida. Con aire ausente, bebió su pinta y no se dio cuenta de que el volumen de los comentarios en la taberna había bajado de nivel. Si hubiese estado un poco más alerta habría entendido que esto solo ocurría cuando alguien ajeno al lugar entraba en el sitio. De no haber estado tan absorto en sus pensamientos, hubiese visto la menuda y delgada silueta que había llegado hasta su lado, sentándose junto a él.

Ya era tarde.

Usó toda su disciplina para no sobresaltarse. Sus sentidos se activaron de inmediato y de no ser por su rápida

capacidad de observación hubiese golpeado a la figura en el rostro con tal fuerza que posiblemente le hubiese destruido la mandíbula. En vez de eso, disimuló tomando un largo sorbo de su jarra mientras la miraba de reojo, tratando de hacerse una imagen de quien lo acompañaba. Pero para lo que vino a continuación no estaba preparado. La mujer, cubierta por una túnica que impedía ver su rostro, habló; y la sangre del guerrero se congeló de inmediato. Él conocía muy bien ese tipo de cadencia suave y elegante, casi cantada, casi hipnótica, de cada palabra que salía de los labios de la criatura. Su mente viajó en menos de lo que dura un parpadeo hasta un pasado que creía lejano, todos sus músculos se tensaron, sus nudillos se pusieron blancos de la fuerza con que cerró sus puños, su frente se perló de sudor. Para su suerte, la mujer no lo estaba mirando.

—Conozco de usted y de la profesión a la que se dedica y quiero contratarle. Requiero de sus servicios —dijo Krina con su voz suave mientras jugaba de manera ausente con la copa de vino que le habían puesto al frente, lo cual dejó ver que sus brazos estaban totalmente cubiertos por finos guantes. Ello que puso al mercenario de vuelta en la taberna. La mujer repitió sus palabras dejando salir una pequeña entonación que denotaba impaciencia.

—No estoy interesado. —Fue todo lo que respondió y regresó a su bebida. La mujer giró un poco su cabeza con algo de sorpresa, que disimuló gracias a su capuchón, ya que imaginaba que él estaría tratando de salir de ese sitio muerto en busca de fama y riquezas. Después de todo, los humanos son de esencia simple.

El mercenario no la miró. Cuando su mente retornó a la taberna, recuperó el control de su cuerpo, pero no el de sus sentimientos: ahora lo invadía el odio, el desdén, un impulso irracional y asesino causado por el dolor y la soledad; él lo sabía muy bien, estaba perdiendo el juicio. Solo bastaba un rápido y fuerte movimiento, directo hacia el delgado y delicado cuello de la mujer, apretar con fuerza por unos segundos hasta que no se moviera más. No, no trataría de matarla, ella no le había hecho nada, y no la

juzgaría, por ahora, por los crímenes cometidos por los suyos en antaño. Solo quería que ella se fuera y lo dejara en paz, pero eso no pasaría.

—La paga será bastante buena, no se arrepentirá, se lo prometo. Y además, puede estar seguro de que su hazaña llegará a oídos de gente que pued...

—¡Que no estoy interesado! —El hombre de rostro fuerte y facciones finas y duras marcadas por la experiencia, las batallas y el sufrimiento, cortó tajante. El golpe que dio con la jarra a la barra fue tan fuerte que causó un silencio súbito. Guardó su compostura y repitió en un volumen de voz más bajo—: No estoy interesado...

—Como guste, pero cuando los que vienen tras de mí lleguen hasta este lugar y acaben con este mugroso pueblo y con usted, espero no se arrepienta de su necia voluntad —dijo la mujer en un susurro a su oído para que nadie más escuchara, tratando de engañar al hombre, apostándole a su suerte en busca de dar con un elemento que lo hiciese cambiar de opinión—. Si cambias de parecer, mañana estaré en un pequeño claro en la parte sur de la villa, alejada del camino y de los ojos imprudentes. Mi nombre es Krina. —Al terminar estas palabras, con la gracia de una damisela se levantó de su lugar y salió de la taberna.

El hombre quedó consternado, sus sentimientos de odio pasaron rápidamente a ser angustia. ¿Sus perseguidores arrasaban con la villa? Algo olía muy mal para el mercenario, pero más que eso eran los recuerdos traídos a la memoria los que lo impulsaban a la aventura. Mientras estuviese en sus manos, jamás dejaría que por culpa de esta mujer destruyeran Villa de Solaria.

Finalmente dio la vuelta y se dirigió a su habitación: necesitaba poner en orden sus pensamientos y acostarse temprano para descansar el mayor tiempo posible, ya que seguramente sería la última cama cómoda que probaría en muchos días.

CAPÍTULO II

El encargo de Krina

Valentine descansaba mientras miraba hacia el horizonte recostado sobre uno de los barandales en proa. El mar estaba calmo y el clima estaba a favor de la embarcación; un sol meridiano y un viento fuerte de sur a norte que empujaba el pesado barco por las vastas aguas del mar de Ivinie mantenían de buen humor a toda la tripulación.

Aunque aún estaba recuperándose de las heridas de la última batalla, se encontraba con muy buen ánimo, por lo que prefirió dar un paseo por la borda antes que quedarse en su camarote.

Sus ojos azules exploraban el vasto mar mientras que a su mente regresaban imágenes de la batalla contra los peligrosos sahuagins que habían invadido el barco hacía unos pocos días y, mientras revivía en su mente el combate, analizaba con calma sus acciones para poder corregir los errores.

Recordaba que el ataque había sido inesperado. Empezaba a oscurecer bajo una suave niebla y uno de los marinos que se encontraba amarrando cabos escuchó un ruido extraño; sonaba como si algo hubiera rasgado el casco de la embarcación. Para el marino fue algo insólito pues le parecía imposible que en medio del profundo mar pudiera haber arrecifes a la altura de la superficie, y ciertamente el vigía no había advertido de restos flotantes de algún barco hundido, así que se asomó con cautela por uno de los bordes, mas de nada le sirvió tanta prevención ya que una mano fuerte y escamosa lo tomó por el pecho de manera sorpresiva y lo aventó con potencia a mar abierto. Un grito ahogado fue lo único que logró salir de su boca,

pero por fortuna esto fue suficiente para alertar a sus camaradas.

—¿Wiggels? —preguntó uno de sus compañeros al escuchar el ruido—. Wiggels, ¿te encuentras bien?

Mas Wiggels no respondió. Ya nunca más lo haría. El marino esforzó su vista a través del traslúcido manto gris que se alzaba sobre barco y tripulación para determinar mejor la figura que se acercaba hacia él y su sospecha pasó a ser alarma al ver que otras figuras empezaban a asomar cargando largos tridentes. Ningún marino usa tridentes.

—¡Nos abordan! ¡Capitán, nos abordan por estribor! —gritó el hombre mientras apuntaba con su ballesta a los invasores.

Sin menor dilación, los demás tripulantes tomaron sus armas y empezaron a correr la voz mientras se dirigían hacia el peligro. Las criaturas para entonces habían tomado ventaja y empezaron a cargar velozmente con sus tridentes y redes. Los sahuagins, criaturas reptilesas con fauces amplias y dientes puntiagudos, manos y pies palmeadas para moverse con soltura en el agua y fuertes y peligrosas colas, tenían una forma de pelear bastante organizada: uno de ellos lanzaba una red a su presa mientras otros dos picaban frenéticamente al desdichado que quedaba dentro de ella o lo golpeaban salvajemente en la cabeza para dejarlo inconsciente y capturarlo vivo.

Aquel marino disparó de manera certera su virote atravesando la cabeza de la criatura y de inmediato desenvainó su sable y saltó sobre otro de los monstruos. Los demás marinos lanzaron dagas y hachas de tiro como primer ataque, para posteriormente cargar con sus armas de cuerpo a cuerpo. Saltaban desde la cangreja, desde los mástiles o las cuerdas. Uno de ellos fue derribado a medio salto por una de las redes, pero para su fortuna una daga atravesó la rodilla de uno de sus victimarios antes de que llegara a él, haciéndolo caer en medio de la borda, mientras que el otro chocaba tridente contra espada. En los momentos en que toda la refriega tomaba lugar, Valentine, estoque en mano, se escondió entre unos barriles en popa, cerca del timón, y observaba con calma el enfrentamiento

buscando la mejor oportunidad para atacar. Su espera dio frutos puesto que identificó junto al mástil mayor a un tripulante que se defendía a sangre y fuego de la ofensiva de un sahuagin inyectado en furia. De seguir así, el hombre no sobreviviría a sus impetuosos ataques; por lo tanto, sin dar más espera, Valentine empezó a moverse silencioso como un fantasma a través de la popa, hasta situarse detrás del reptil, y sin que este pudiese preverlo lo estocó justo en medio de la espalda, matándolo de inmediato. Sin perder tiempo comenzó a buscar su próximo blanco y al encontrar otro combate similar decidió ponerse en movimiento. Pero en este caso el marinero, al ver que Valentine llegaba por la espalda de la criatura, decidió dejar ese combate en sus manos para ayudar a otro camarada.

—¡No, espera! ¡Necesito que lo distraigas! —gritó Valentine.

Valentine no era un guerrero. No como un marino o como un soldado. Su estilo era un poco más... silencioso: su verdadero arte se encontraba en sus habilidades y no en su forma de combatir y siempre buscaba apoyarse en un aliado para poder asestar golpes mortales en el momento en que su objetivo bajara la guardia. Así era como funcionaba. O como solía funcionar; ya no contaba con compañeros que entendiesen su forma de luchar y ahora se encontraba de frente con un enorme reptil marino que trataba de ensartarlo entre las puntas de su tridente. Gracias a su agilidad y reflejos logró esquivar los golpes, mas no logró ver la red que le caía encima y lo inmovilizó en el suelo. Vinieron momentos de puro terror. Mientras se revolvía frenéticamente tratando de soltarse, dos sahuagins empezaron a picarlo con sus armas. Uno insertó las puntas en su pierna derecha mientras el otro rozó su antebrazo izquierdo lo suficiente para causarle una dolorosa herida.

Como pudo sacó su filoso estoque por entre la red y perforó el muslo de su primer atacante, haciéndolo retroceder, mas de no ser por el pronto auxilio que le prestaron los marinos que se encontraban a su alrededor, habría terminado como alimento de sahuagin. Los hombres

eliminaron a las criaturas y lo liberaron. El combate había terminado pronto, solo había caído un hombre, Wiggels, y pocos habían resultado gravemente heridos.

—Vivirás otro día, muchacho —le dijo uno de los lobos de mar con una amplia sonrisa. Cojeando, Valentine dio las gracias.

—Vamos, hay que tratar esas heridas o se van a infectar.

«Antes era más fácil», pensó Valentine al salir de su ensimismamiento, al volver de sus recuerdos de aquella reyerta. «Aunque tengo tiempo acá en este barco, pocas veces hemos tenido que luchar por nuestras vidas y poco ha sido el tiempo para entenderme en batalla con estos buenos hombres».

—¿Pensando en lanzarte al agua, grumete? —Fue la pregunta que escuchó del capitán del barco, que se acercaba hacia él.

—Solo disfruto de la vista, capitán Baka —respondió el aventurero con una sonrisa ante el comentario del buen y excéntrico marinero.

Valentine no olvidaba el momento en que conoció a este pintoresco sujeto. Ese día lo miró de arriba abajo sin dar crédito a lo que veían sus ojos: el oficial de uno de los barcos más afamados de las costas del sur y oeste de Ebland. El capitán Baka era un hombre pasado ya de los cincuenta años y, de no ser por su estatura, cualquiera podría jurar que se trataba de un enano: regordete, de anchos hombros, cabello y barba negros de los que sobresalían algunas canas; cejas pobladas, nariz ancha y mirada amable. Sus ropas eran las de un marino común excepto por su yelmo, que era el típico casco de orco hecho de manera rudimentaria en hierro pesado y coronado con los cuernos de algún animal. Su cinturón era un cuero negro ancho que tenía por hebilla... ¿unas ubres de vaca? Sí, nada podía parecerle más extraño a Valentine que aquel curioso cinturón, pues jamás había visto a alguien portar uno igual.

—Ah sí... un mar en calma y un cielo despejado, pocas cosas pueden igualar el sosiego que esto te puede hacer sentir, pero creo que algo más ronda en tu cabeza.

—Sí, bueno... La verdad, nuestro encuentro con los reptiles hizo que recordara épocas pasadas —contestó Valentine y por un breve instante sus ojos reflejaron un sentimiento de nostalgia—. Siempre me ha impresionado ver cómo las circunstancias pueden hacer que tu vida cambie en un parpadeo.

—Bueno, mi amigo, la vida se mueve como un mar tormentoso. Si no te gusta el mar, busca un lugar en tierra firme, lejos de las aguas turbulentas, pero... ¿en verdad no quieres saber qué hay detrás del horizonte? —Después de unos segundos el rostro de confusión de Valentine cambió, como si finalmente hubiese entendido lo que el capitán quería decir.

—Navegar —respondió el aventurero.

—Es de lo que se trata, no del puerto, porque cuando llegues, ¿que harás? ¿Será el fin de tu viaje? —El viejo lobo de mar dejó de mirar a los ojos del hombre y con la mano extendida miró hacia la lejanía, invitando al aventurero a seguir su mirada—. ¿La furia del mar ha cambiado tu rumbo? Bueno, busca un nuevo horizonte y avanza hacia él hasta que el mar decida lo contrario.

—¿Y qué hay si encuentro un puerto?

—Busca otro barco. O forma un hogar si crees que has encontrado el horizonte que buscabas.

—¿Y qué hay si no quiero que el mar decida mi camino?

—Ese día morirás, a menos que te conviertas en mar.

—Soy un navegante —respondió el aventurero con resolución.

—Y un pésimo marinero. —Los dos rieron y el capitán Baka finalmente le dio unas palmaditas en la espalda—. Pronto llegaremos a tierra firme. Te aconsejo que descanses y pienses con calma si tu camino está con nosotros o no.

Baka puso sus regordetas manos alrededor de su hebilla de ubres y caminó de nuevo hacia el timón. Valentine miró otra vez al horizonte, ahora con una nueva interrogante.

Por fin tocaron puerto. El puerto de Tabask. Valentine descendió del barco con energías renovadas. El dolor en su pierna era casi inexistente y el clima era perfecto: un sol meridiano que llenaba de calor los cuerpos de marinos y tabanenses. Los barcos que llegaban eran rápidamente rodeados por los mercaderes y sus trabajadores para negociar precios y objetos con el almirante o primer oficial mientras los capitanes se dirigían hasta la capitanía del puerto para reportar su arribo y pagar los impuestos pertinentes. La ciudad, incluso su puerto, tenía una arquitectura impresionante: casas de diseños estilizados (incluso las más humildes) y, aunque no eran ostentosas, tenían esbozos de arte en sus paredes, que las hacían conjugar finamente con el estilo de la ciudad. Las calles se encontraban en perfecto estado y eran lo bastante amplias como para permitir el paso cómodo de dos carretas a lado y lado; y las murallas, en especial las del lado sur, se encontraban bien fortificadas, haciendo a cualquiera desistir de querer entrar en la ciudad a la fuerza, por el mar.

El aventurero, aunque contento y fascinado con la ciudad (era la primera vez que pisaba Tabask) no dejaba de prestar atención a lo que había a su alrededor, ya que sabía muy bien que en los puertos proliferan los rapaces que tratarían de tomar todo lo que pudieran de aquellos que se descuidaran, como marineros ebrios o viajeros desprevenidos. No obstante, había algo que le llamaba particularmente la atención. No era solo que había poca guardia de la ciudad, sino que marinos y comerciantes negociaban tranquilamente sin preocuparse de lo que pasaba alrededor; incluso los ayudantes de unos y otros esperaban despreocupados sin prestar mayor vigilancia a los carromatos y sus pertenencias. Todos estaban demasiado confiados y eso, en cualquier puerto de Ebland, no era normal.

«Ya me enteraré de que ocurre en esta ciudad», dijo para sí el joven hombre mientras buscaba un lugar para hospedarse. Los demás marineros de El Mugido Constante, el barco que capitaneaba el buen Baka, lo invitaron a la

posada favorita de ellos, El Último en Pie (llamada así a razón de que suelen apostar por quién de los marinos en una mesa será que el más aguante sin caer inconsciente ante el licor de la casa), pero Valentine rechazó amablemente la invitación ya que quería recorrer la ciudad y hospedarse en un lugar con lujos y buen servicio. Después de todo, había trabajado duro por muchos meses y quería algo mejor que el camarote de un barco, y las posadas que solían escoger los marinos para descansar acostumbraban tener habitaciones no muy diferentes a estos.

Comenzaron a pasar así varios días, durante los cuales un delgado hombre de aspecto extraño, una mezcla de marino y guerrero tan alto que un hombre promedio le llegaría al pecho, piel blanca tostada por el sol, cabello negro en rastas cubierto por una pañoleta roja, guantes de cuero que dejaban al descubierto sus dedos para no perder la agilidad de estos, y con un gabán largo y negro al que le faltan las mangas y permitían ver unos largos y fuertes brazos, uno de los cuales se apoyaba en el puño de su estoque, deambulaba por las calles de la ciudad con una ligera sonrisa mientras anotaba mentalmente todo dato que le pudiera ser de utilidad.

En unos pocos días entendió que su «mar» se encontraba en tierra firme, donde sus habilidades serían mejor aprovechadas y donde podría relacionarse con muchas más personas que le ayudaran a cumplir sus objetivos. Ya había navegado por mucho, mucho tiempo, en el barco del capitán Baka y había logrado entablar amistad con él y varios (si no todos) los tripulantes de su barco. Había conocido lugares impresionantes y criaturas de leyenda, pero ya era el momento de volver a su elemento: las ciudades, el bullicio.

Acudió a El Mugido Constante antes de que este zarpara a mar abierto. Allí se despidió entre abrazos y promesas de cada uno de los marineros y esperó hasta que el barco ya no fuera visible en el horizonte. «Ahora, a navegar», pensó el aventurero con una gran sonrisa pintada en el rostro. De

cara a la ciudad y manos en la cintura, sintió cómo su espíritu se regocijaba.

—Bien, como un muy buen amigo mío me enseñó hace mucho: «Cuando llegues a una ciudad nueva, la mejor carta de presentación es que en poco tiempo hablen de ti; entonces no buscarás trabajo, el trabajo te buscará a ti». — Y así emprendió su camino hacia una nueva aventura.

CAPÍTULO III

El encargo de Krina

En las primeras horas de la mañana, después del pequeño ritual diario con Ilinea, partió el mercenario hacia el lugar señalado por la misteriosa mujer. Sentía cómo su corazón palpitaba con fuerza dentro de su pecho y sus pies avanzaban más rápido de lo que él conscientemente deseaba, y esto se debía a una sola cosa: la emoción de la aventura recorría su cuerpo. Su sangre le quemaba ardiendo en deseos de combatir y explorar, de hacer su nombre más grande como mercenario.

Mercenario. Aquella palabra le agradaba mucho pues al único que debía explicaciones, al único al que le debía lealtad era a sí mismo y a su propio código de conducta; él y solo él decidía qué era bueno o malo, sin obligación ante un rey, una orden o una nación. Estaban los contratos, claro, pero podía decidir si tomarlos o no, o dejarlos a voluntad, aunque de esta parte él prefería no valerse, ya que repercutiría en su mal nombre. Tenía que encontrarse ante un peligro realmente grande, algo que lo abrumara, o de lo contrario no abandonaría sin cumplir su trabajo.

Casi sin darse cuenta llegó hasta el pequeño claro donde había sido citado por Krina. Allí pudo ver una carroza bastante elegante con un toldo extendido desde la puerta hasta unos tres o cuatro pasos más adelante, y algunos enseres y barriles en la parte de afuera. Al hacer un paneo del lugar observó a dos humanos bastante jóvenes, que no superaban los dieciocho años. Uno de ellos, de cabello castaño y contextura mediana, vestía pieles de animales y anillas de metal como armadura, mientras el otro, que era algo más delgado, estaba envuelto en una túnica gris que

no develaba nada de sus ropajes. Por armas, el primero cargaba, al igual que el velkariano, un enorme espadón, mientras que el segundo sostenía entre sus manos una guadaña sobre la que se apoyaba a modo de cayado.

«Dos niños: uno pretende ser un aventurero y el otro lleva como arma la herramienta de un labriego. ¿Qué hacen acá?», pensó mientras se acercaba.

—Saludos —dijo el joven del espadón extendiendo su mano al mercenario. Al ver que este no la tomaba, la retiró —. Mi nombre es Efrand, de Tabask, supongo que has sido convocado por la señorita Krina, como los demás.

—¿Los demás?

—Sí, la señorita Krina ha dicho que vendrán más; no quiere que haya errores.

«Contratar niños es de por sí un error», pensó el mercenario mientras se daba la vuelta para ver a otros dos hombres que llegaban al sitio. Uno de ellos se identificó como Slain. Se trataba de un hombre alto y fuerte de cabello negro a la altura del mentón, de una edad similar a la de él, ataviado con una armadura de mallas adornada con una bufanda de color azul claro. Llevaba en sus manos una espada de doble hoja; algo así como una lanza con hojas largas en ambos extremos, un arma exótica y difícil de manejar por lo que el mercenario se alegró pues pensaba que si tenía la habilidad para manejar dicha espada, estaría bien respaldado en combate. El personaje que lo acompañaba dijo llamarse Thárivol. Este era un guerrero semielfo que vestía armadura de cuero y portaba una espada larga y una corta amarradas al cinto, y aunque se veía algo joven (para el estándar humano), tenía una mirada de confianza y disciplina, como son las miradas de los soldados entrenados.

Después de una breve presentación en la que el joven de la guadaña guardó silencio en todo momento, incluso cuando preguntaron su nombre, miraron al mercenario.

—¿Y tu nombre? No nos lo has dicho aún —preguntó el animado Efrand.

—Mi nombre es... —Y al tiempo que pronunciaba su nombre, la mujer asomaba por la puerta de la carroza. El

hombre de armas trató de mirarla a los ojos, que estaban escondidos tras la túnica púrpura, y dirigiéndose a ella más que a sus compañeros continuó—: mi nombre es Scar, mercenario nacido en las lejanas tierras de Velkar, líder otrora de Los Slayers, grupo mercenario que ha combatido desde las inclementes Tierras del Fuego hasta la misma y misteriosa Tabask; guardián de Villa de Solaria, y hoy me encuentro acá ante la señorita Krina ofreciendo a Trueno de Velkar, mi mortal espadón, para las tareas que exija su voluntad. —Al terminar su presentación hubo un corto silencio y la mujer, mirándolo a través de su capucha, sonrió levemente.

—Sabía que no me defraudaría, Scar de Los Slayers, hijo de Velkar. Su reputación le ha precedido, dicen que es mercenario con honor. —La mujer terminó de salir del carromato y para ello extendió su delicada mano envuelta en sus largos guantes para que el mercenario la ayudara a descender. Scar tardó unos segundos en asistirle ya que, aunque no había podido confirmar sus sospechas, creía saber con qué raza estaba tratando, que solo traería problemas, y no la dejaría llevar esos problemas a Villa de Solaria. La mujer se impacientó y movió ligeramente su mano trayendo de vuelta la atención del guerrero, quien la ayudó a salir de la elegante y fina carroza—. Debemos esperar a uno más, no debe tardar mucho.

Tras una hora de larga espera, durante la cual algunos de los aventureros intercambiaron breves palabras, asomó entre los arbustos quien sería el último hombre contratado junto con otra persona que al parecer Krina no esperaba. Al verlo, Scar abrió sus ojos, se giró rápidamente hacia la mujer con su cara de sorpresa y enfado y exclamó incrédulo:

—¡Oh! ¡Por favor!, ¡esto tiene que ser una broma! ¿Acaso ellos saben lo qu...

—Saben lo que necesitan saber, y si saben lo que usted, están aquí por voluntad propia —cortó tajante Krina las protestas del mercenario—. Preocúpese por cumplir su tarea, mercenario; lo demás no es asunto suyo.